

Notas del Mes

Mariano Latorre regresa de Colombia

Acerca del fecundo viaje realizado por Mariano Latorre a Colombia, Sady Zañartu nos da la siguiente versión:

Mariano Latorre regresa de la Colombia que le esperaba y a la cual le diera su comprensión y su sensibilidad de hombre alerta al movimiento literario de América. Va a fijar, para siempre, en su espíritu, la visión de esa gran Colombia desconocida del sur y a verificar la evolución sorprendente de la tierra que algunos creen todavía de la retórica y de los conversadores en versos. Pero la leyenda se ha desvanecido, y Mariano Latorre se fortifica en esta bella realidad, que transforma y reconstruye en moldes nuevos a un país que marcha seguro hacia el porvenir, guiado por lo mejor de sus valores culturales. No necesita el escritor chileno despegar del corazón el cielo del austro para sentir el trópico verdadero; en sus palpitaciones vibran las cordilleras blancas y los valles encajonados, bajo las constelaciones frías. Es su chilenidad. Pero el maestro del auténtico criollismo literario, captará, regocijado el derramamiento de color de la tierra caliente. La naturaleza del sur, lenta y triste como sus hombres, sentirá en él, el choque con la dicha verdadera, que la selva puebla de sonidos y de fragancias, y que el sol ayuda a melificar en las venas del caminante.

Ha llegado a Colombia el viajero navegando por un mar que lo lleva sin transiciones, gradualmente, del frío a la zona del trópico. Son los signos exteriores de los pasajeros los que

indican el cambio o el paso de la línea, la presencia en cubierta de alguna gringa que estampa en su cuerpo los mamelucos, y se tira a nadar o a chapotear una o dos horas en la piscina del barco. El mar sigue siempre en misterioso refluir de ondas, como si la corriente de Humboldt se llevase unificado el trópico con el sur y atemperando sus aguas. La noche es despejada; el cielo late con las constelaciones amadas: la Cruz del Sur sigue acompañando al viajero como en los nocturnos del Maule, y aunque la contempla lejos, muy lejos de la patria, se conforma con divisarla; la otra, la estrella polar ha desaparecido.

El vapor ha entrado al golfo de Guayaquil. No hace un calor excesivo. Lleva el viajero el mismo traje que usaba en Santiago. Sólo se ha quitado el chaleco. Se siente desorientado al penetrar por el río Guayas, acostumbrado a ver los ríos chilenos con sus márgenes familiares, de uno a otro lado. Navega invadido de horizontes de agua. «Aquello es una cosa cósmica como si el mar se hubiera metido hasta las cordilleras mismas». Sólo la palmera irrumpe anunciando la zona tropical.

Al llegar a Buenaventura, Mariano Latorre, siente ya la fiebre de la naturaleza. Aparece un tumulto de negros, insignificantes, vestidos de blanco y semidesnudos. Pero de improviso, como flor de la región, una mulata, risueña, invitadora. Es la nota del futuro. El viajero—que siempre lleva a Chile dentro—encuentra un cierto parecido con las islas de Chiloé. Ha hecho abstención del calor. El paisaje es de islas con nudos de bosques, y de estos sobresale un árbol como enorme helecho. Es el mangle muy semejante al lingue de Chile por la forma y porque de su corteza se extrae una especie de líquido para curtir cueros.

Ahora el viajero va a penetrar al interior de Colombia por la selva de la costa. Tiene la tierra la tremolación del cielo ardiente. Todo es para él un confuso amontonamiento de árboles que unen los bejucos y por donde, aparecen, inesperados, los penachos de las palmas y los abanicos de los plátanos. Ha

llegado de improviso al valle del Cauca «que es una especie de paraíso en la tierra por la fecundidad del terreno y por la amplitud de esta fecundidad». Aspira cien olores de hierbas desconocidas. Es la tierra del pasto para los animales vacunos, de la caña de azúcar y del tabaco. La ciudad de Cali refunde esa riqueza. Mariano Latorre da pinceladas: «ciudad mestiza, risueña, sensual, llena de un bullicio encantador, de eterna primavera. Esto se ve en el charlar infatigable del hombre y en el reír cálido de los ojos de las mujeres, en su andar voluptuoso, en la sonrisa que invita a hablar con ella». Ha salido a callejear por Cali, acompañado de Gregorio Sánchez Gómez, el autor de «El Gavilán» que va subrayando la gracia voluptuosa con que estas mujeres caminan.

El escritor viajero reafirma aquella emoción:

—El «caleño» o del valle caucano es espontáneo, enamorado de la vida y de la tierra, y forma un contraste total con el hombre de Cundinamarca, el bogotano, que mantiene su tradición española, enamorado de la gracia del lenguaje, de las bellas palabras, y de la ironía. Pero existe un término medio entre la zona alta y fría y la tierra caliente: el Cauca. Y esta es la región antioqueña, cuya capital, Medellín, es una ciudad de una actividad casi europea.

El antioqueño es hombre de acción, pero un hombre de acción que tuviera el don de expresarlo en vigoroso y fuerte lenguaje. Ejecuta lo que sueña y sabe contarlo con elocuencia y color.

Mariano Latorre ha entrado al campo literario.

Es el caso de Tomás Carrasquilla, dice con acento convencido, el novelista de Antioquía que ha pintado su región en veinte libros, desde «Frutos de mi tierra» hasta «Hace tiempos», maravillosa evocación de la vida agrícola regional. Es el caso de Efe Gómez, el más gran cuentista colombiano, también pintor de mineros y de «paisas» antioqueños. No podríamos dejar de nombrar al agudo autor de «Viaje a pie»

y del «Hermafrodita dormido», libro sobre el fascismo, que le costó su puesto de Cónsul, en Roma, a Fernando González, que es el autor a que me refiero. Pronto lo tendremos en Chile donde viene a establecerse. Lo visité en el pueblecito de Embigado en una bella casaquinta perteneciente a sus antepasados antioqueños.

El viajero ahonda sus conocimientos de autores colombianos.

—El antioqueño—agrega—tiende especialmente a la narración, por eso la novela se ha desarrollado extraordinariamente desde Rendón a Fernando González. En Cundinamarca, en cambio, la poesía lírica ha producido poetas de calidad superior entre los cuales nombraremos a Barba Jacob y a Rafael Maya. Hoy el tipo de poesía tradicional se ha roto con los nuevos, grandes admiradores de Neruda y de Barrenechea, que forman la vanguardia de la nueva poesía cundinamarquesa, y entre los que se destacan León de Grieff, Rojas y Eduardo Carranza.

Pero hay también novelistas en Bogotá. Es interesante la labor psicológica de Zalamea Borda, autor de «Cuatro años a bordo de mi mismo», libro hondo y penetrante de la vida bogotana. Quiero referirme ahora a los que se han alejado de la vida urbana como lo hizo hace algunos años Eustasio Rivera, el autor de «La Vorágine», y que han intentado novelar las zonas desconocidas de Colombia. Uribe Piedra-Hita continuó la labor de Rivera en su libro «Toa» y ha hecho la novela del petróleo en «Manchas de aceite». Entre los actuales novelistas colombianos, debemos nombrar, por apartarse de la retórica habitual de Bogotá y acercarse a la narración espontánea, sin intervención del autor, y con el predominio de la vida sobre el lenguaje, a Osorio Lizarazo, autor de «La Cosecha», que pinta los cafetales, y de «Casa de Vecindad», aguda novela de un conventillo bogotano, y de «El hombre bajo la tierra», pintura de las minas de oro del Chocó; a Antonio García, autor

de «Colombia, Sociedad Anónima» y «Doce muertos obreros»; a Buitrago, autor de «Pescadores del Magdalena» y a Gregorio Sánchez Gómez, novelista de la tierra caliente, en «El Gavilán» y «El Burgo de Don Sebastián».

El panorama literario crece y Mariano Latorre no va a detenerlo. Siente la alegría de todo este rico venero de América, que va a acercarse a todos los escritores del continente, y a emularlos en la obra y en la esperanza.

—En este último tiempo, en Colombia—dice—se ha producido el ensayo de tipo moderno con una técnica original y documentada. El concepto justo histórico, la agudeza de la observación, expresado en un bello estilo, ha tenido representantes de calidad superior. Desde luego don Luis López de Meza, actual Ministro de Relaciones Exteriores, elegante escritor y hondo intérprete de la Colombia actual; Germán Arciniegas que en tres bellos libros; «El estudiante de la mesa redonda», «América, Tierra Firme» y «Los Comuneros» interpreta la colonia y la independencia de América, y debemos nombrar también a Sanín Cano y a Fernando González, grandes conocedores de la cultura europea y del sentido vernáculo de América.

He procurado un paréntesis en la breve charla para que se refiera al progreso actual del país.

—Da Colombia la idea de un país febrilmente entregado a su reconstrucción, actividad asombrosa de las ideas, aprovechamiento de todo lo que pueda venir para mejorar el país; construcciones suntuosas en todas partes, de edificios fiscales para colegios, fábricas, etc. Bastaría citar el magnífico edificio de la Biblioteca Nacional donde se efectuaron las conferencias y las exposiciones de pintura y del libro, en celebración del IV Centenario de Bogotá. El esfuerzo para construir este edificio y su organización se deben al escritor Daniel Samper Ortega, el autor de «En el cerezal» y de «Zoraya», y de un bello libro sobre el paisaje y las costumbres de Colombia.

Mariano Latorre ya no puede eludir su acción directa durante la misión, y explica:

—Di dos conferencias sobre Chile en el ciclo de la Biblioteca Nacional, dos conferencias de divulgación literaria en el Instituto Pedagógico de Bogotá, una conferencia sobre el paisaje chileno en la Universidad de Medellín, otra conferencia en Cali y en la Universidad de Barranquilla.

Luego agrega:

—Se cree con frecuencia entre nosotros que Colombia es un país atrasado y retórico. Esto es falso; el colombiano es un hombre de acción, sobre todo el antioqueño. Hay allá una simpatía enorme para Chile y una admiración grande por lo que Chile ha conquistado en el sentido cultural. Desgraciadamente, salvo las misiones militares y culturales, los chilenos que han ido a conquistar el trópico no han dejado una huella muy halagadora. A pesar de todo, la idea del colombiano es que Chile es el país más culto de América.

Mariano Latorre ha silenciado la parte íntima de este triunfo, la perfección lograda que significa su viaje y que viene a completar su conocimiento de América que en él ha sido fervor puro de escritor. Hacen dos años estuvo en el Perú; hoy es Colombia; el próximo año irá a la Argentina. Y a cada país sabe dar nuestra auténtica chilenidad y traer de ellos la flor de su cultura, lo que es mensaje fraterno y siega de sol, el intercambio literario, que realiza el verdadero acercamiento de los pueblos que dicen, en una misma lengua de madre común su ansia de justicia y de solidaridad hispanoamericana.
—SADY ZAÑARTU.

El Primer Congreso de la Enseñanza de la Literatura Hispanoamericana

Entre los días quince y veintidós de agosto del presente año se verificó en la Ciudad de México el primer Congreso de la Enseñanza de la Literatura Hispanoamericana. Las sesiones